El sorteo de una tarde libre

Por Shyvirelle

Ficha para representar la obra

Duración orientativa: 12 a 15 minutos, según ritmo de diálogo y pausas. Estimación de escritura; no se ha ensayado ni cronometrado.

Reparto exacto: cuatro personajes con voz. No hay narrador ni otros intérpretes necesarios.

- **Nora:** trabaja en turnos nocturnos, intenta organizarlo todo mediante listas.
- **Inés:** trabaja por las mañanas, conoce los pequeños detalles que los demás olvidan.
- **Beto:** sale de casa de madrugada para trabajar, negocia como si cada minuto fuese un tesoro.
- **Saúl:** trabaja por la tarde, presume de improvisar mejor de lo que en realidad improvisa.

Espacio: salón-comedor de una vivienda compartida. Una puerta imaginaria conduce al resto de la casa. Nadie necesita abandonar el escenario para que se entienda la acción.

Utilería: mesa, cuatro sillas, cuatro papeletas, un sobre, lápiz, una hoja para las tareas y otra con los tiempos, un teléfono sin sonido, un paño limpio, una bandeja, dos platos, cuatro vasos irrompibles vacíos, un bulto de ropa doblada y una bolsa para guardar objetos livianos. No se utiliza agua, productos de limpieza ni objetos que puedan romperse.

Guion completo

Escena 1. El premio

(Hay una mesa con cuatro sillas. En un lado, una bandeja con cuatro vasos vacíos y dos platos al lado. Una silla sostiene el bulto de ropa doblada. Nora escribe en la hoja de tareas. Beto entra desde la puerta imaginaria con una bolsa vacía y la deja a un lado. Inés está sentada, doblando un paño. Saúl observa el salón como quien acaba de descubrir que vive allí.)

NORA: De cuatro a siete. Es la única tarde de este mes en la que coincidimos sin estar entrando o saliendo al trabajo. Maia viene a las seis. Tenemos dos horas para preparar la casa y una hora para disfrutar de la visita.

BETO: Si la disfrutamos de verdad, tendremos que buscar otra casa donde vivir. Mira esa silla. Tiene tantas cosas encima que ya no sé si es una silla o una montaña con respaldo.

SAÚL: He visto montañas más acogedoras.

INÉS: Es ropa doblada. Si alguien la lleva a su habitación, la montaña desaparece.

BETO: Entonces es una montaña portátil.

NORA: Por favor. He preparado un sistema justo para repartir tareas.

SAÚL: Eso me da miedo. La última vez que dijiste «justo» terminamos eligiendo quién se quedaba con la última croqueta mediante una votación secreta.

INÉS: Ganó la croqueta. Nadie pudo demostrar de quién era.

NORA: Cuatro papeletas, cuatro destinos: baño, cocina, salón y anfitrión. Este último es el premio. La persona que lo saque no limpia. Solo coloca los platos, recibe a Maia y se encarga de que tenga algo para beber.

BETO: Un trabajo que cabe en una mano. Yo lo quiero.

SAÚL: Yo también. Me he levantado a las cinco para terminar un encargo. Mi organismo tiene derecho a una tarde libre.

INÉS: Yo entré a trabajar a las siete y he vuelto hace veinte minutos. También existo como organismo.

NORA: No se discute el cansancio de nadie. Se sortea. Todos tenemos la misma posibilidad.

BETO: ¿Y por qué el papel de anfitrión tiene una estrella?

NORA: Porque es el premio.

INÉS: ¿Seguro que una visita requiere anfitrión profesional? Maia nos conoce desde hace años. Sabe dónde están los vasos.

SAÚL: Precisamente. Si ve dónde están los vasos, sabrá dónde no están los demás.

(Nora coloca las papeletas boca abajo y las mezcla dentro del sobre. Los cuatro sacan una. Pausa para que las lean.)

BETO: Baño. Mi destino es el cuarto más pequeño de esta vivienda. No parece mal.

SAÚL: Salón. Puedo terminarlo antes de que el té se enfríe.

NORA: Cocina. Al menos sé dónde guardar cada cosa.

INÉS: Tengo la estrella.

(Inés levanta su papel. Los demás reaccionan con solemnidad exagerada.)

BETO: Enhorabuena. La afortunada no tendrá que buscar debajo del sofá.

SAÚL: Ni enfrentarse a la misteriosa taza que aparece en la cocina cada miércoles.

INÉS: ¿Puedo sentarme mientras trabajan?

NORA: Por supuesto. Esa es la esencia de un premio.

(Inés se sienta. Los otros tres contemplan sus zonas imaginarias.)

Escena 2. Los secretos de cada tarea

BETO: Antes de empezar, una pregunta técnica. ¿El baño incluye el armario donde guardamos las toallas?

NORA: Sí.

BETO: Curioso. Porque casualmente las toallas ya están dobladas. No recuerdo quién hizo eso.

INÉS: Fui yo esta mañana.

BETO: Lo sabía. Era una pregunta de gratitud. Muchas gracias, persona libre.

SAÚL: Y, casualmente, ayer saqué todo del salón y pasé el paño por los muebles. Si alguien pone la ropa doblada en su sitio, mi tarea también está casi hecha.

NORA: ¿Por qué no dijiste nada al sortear?

SAÚL: Porque se supone que todos teníamos las mismas posibilidades. Yo no quería influir en la suerte.

INÉS: Pero ya habías adelantado parte del trabajo.

SAÚL: Es una forma de estar preparado para cualquier suerte.

NORA: Bien. Entonces yo confieso que anoche dejé los platos remojados y ordené los estantes de la cocina.

BETO: ¿Y por qué seguían los platos allí esta mañana?

NORA: Porque estaba durmiendo. Recordemos que trabajo de noche.

BETO: Vaya. Todos teníais ventajas escondidas. Yo también hice algo: ayer comprobé que el lavabo funcionaba.

SAÚL: ¡Qué heroísmo!

BETO: Funcionaba de maravilla. Me lavé las manos dos veces para estar seguro.

INÉS: Yo pensaba que el sorteo repartía el trabajo pendiente. En realidad, repartió nombres de habitaciones, pero no lo que quedaba por hacer en ellas.

NORA: Queda tiempo. Si empezamos ya...

SAÚL: Un momento. Quisiera presentar una moción. Beto se encuentra en desventaja porque no adelantó su tarea.

BETO: Protesto. Me encontraba en ventaja hasta que confesasteis las vuestras.

NORA: Nadie tiene derecho a cambiar de papel después del sorteo.

INÉS: ¿Ni siquiera intercambiarlo si ambas personas están de acuerdo?

NORA: Las reglas se fijaron antes de sacar las papeletas.

BETO: Qué interesante que las reglas las fijara la persona que ya tenía la cocina medio hecha.

(Nora se dispone a responder, pero Inés descubre una hoja bajo la bandeja.)

INÉS: ¿Qué es esto? «Lista de tiempos reales para recibir a Maia». Tiene los nombres de las tareas y unos números. ¿Es otra parte del sistema?

NORA: La escribí por la mañana para no olvidar nada. Pensé que la había tirado.

SAÚL: Léela. Así sabremos cuánto nos queda de penitencia.

INÉS: Baño: quince minutos, si las toallas están dobladas. Salón: diez minutos, si los muebles están limpios. Cocina: veinte minutos, si la vajilla está preparada.

BETO: ¿Veinte minutos para esos platos? Sí que los habrás dejado remojados con esperanza.

INÉS: Y anfitrión... noventa minutos.

(Los cuatro se quedan inmóviles. Inés vuelve a leer.)

INÉS: Noventa. No nueve. Noventa.

SAÚL: Eso no es una tarea. Es un empleo de media jornada.

NORA: Espera, puedo explicarlo.

INÉS: «Revisar la mesa, comprobar la comida que Maia puede tomar, buscar el juego que prometimos, colocar sillas, preparar agua, ordenar la entrada, recibir, atender y recoger después». Hay más líneas al otro lado.

BETO: ¿Recoger después? ¿También después?

NORA: Es una estimación para no olvidarnos. Lo más largo es encontrar el juego de cartas. Hace meses que no sabemos dónde está.

INÉS: Lo tengo yo. Se lo presté a Maia y lo devolvió. Está en mi cajón.

SAÚL: Entonces reduce diez minutos. Quedan ochenta. Sigue siendo más que todas nuestras tareas juntas.

BETO: Quince más diez más veinte: cuarenta y cinco. Señora presidenta de la suerte, acabas de premiar a Inés con casi el doble de trabajo que a los otros tres juntos.

Escena 3. Repartir de nuevo

(Inés deja la papeleta de estrella en el centro de la mesa, como un objeto sospechoso.)

INÉS: Nora, ¿tú sabías lo de los noventa minutos cuando llamaste premio al anfitrión?

NORA: Sabía que había varias cosas por hacer. No sumé el tiempo. Pensé que recibir a una amiga sería más agradable que fregar el baño.

BETO: Agradable no significa corto. Comer pizza es agradable, pero si tardas una hora en prepararla es una hora.

SAÚL: Estoy de acuerdo, aunque ahora me apetece pizza.

NORA: Me equivoqué. El sorteo repartió tareas por nombre y supuso que duraban lo mismo. No lo revisé cuando hicimos parte del trabajo.

INÉS: Y yo dije que había ganado. Me sentí tan afortunada que no pregunté qué tenía que hacer.

BETO: Yo me sentí castigado con el baño, que ahora resulta ser un paseo de quince minutos. Podría terminar antes de que Nora acabe de disculparse.

NORA: No hace falta insistir.

SAÚL: Tampoco hace falta otro sorteo. Eso solo nos repartiría la misma confusión con papeles nuevos.

INÉS: Propongo intercambios voluntarios. No voy a encargarme sola de recibir a Maia. Puedo preparar la mesa y sacar las cartas, porque sé dónde están. Pero quiero que alguien se ocupe de lo demás.

BETO: Yo limpio el baño. Esta vez de verdad. Y luego reviso la entrada; sé dónde están las bolsas que siempre dejamos al lado de la puerta.

SAÚL: Yo llevo la ropa doblada a las habitaciones y dejo el salón libre. Después pongo las sillas. Tengo talento para mover sillas sin cambiarles la personalidad.

NORA: Termino la cocina y preparo la bebida. Si hay que recoger después, lo hacemos entre todos. Podemos anotar lo que cada uno haga, sin estrellas ni premios.

INÉS: Solo una condición: nadie volverá a llamar «fácil» a una tarea que no conoce.

BETO: ¿Y si la conozco demasiado?

INÉS: Entonces puedes decir que es fácil para ti, no para quien no ha empezado.

SAÚL: Eso va en un cartel. Justo encima del calendario de turnos, que nadie mira.

(Los cuatro hacen lo acordado de forma simbólica y visible: Beto dobla el paño y lo lleva a un extremo, Nora ordena los dos platos en la bandeja, Saúl retira el bulto de ropa de la silla e Inés dispone las papeletas boca abajo como si fueran cartas. Las acciones deben durar unos momentos y no requerir salida de escena.)

BETO: He descubierto otra injusticia. La persona del baño no tiene música motivadora.

SAÚL: Podemos cantarte una marcha.

BETO: Prefiero la injusticia.

NORA: En serio, gracias. Pensaba que organizar significaba evitar que alguien se quejara. Pero me salió una lista que no decía la verdad sobre el tiempo de nadie.

INÉS: La lista decía parte de la verdad. Le faltaba lo que ya habíamos hecho. Y lo que hicimos en secreto para ganar una tarde libre.

SAÚL: Yo limpio el salón cuando me viene bien, no cuando me lo ordenan. No quería que lo convirtiéramos en una ventaja oculta. Pero supongo que lo hice de todos modos.

BETO: Yo no adelanté nada. Me daba vergüenza decir que llego tan cansado que a veces dejo para mañana hasta guardar los zapatos.

NORA: Eso también cuenta como información útil. No para medir quién se cansa más, sino para no repartir las cosas a ciegas.

(Inés mira la hora en su teléfono. La pantalla se ilumina sin sonido.)

Escena 4. La tarde que no estaba en las papeletas

INÉS: Mensaje de Maia.

SAÚL: Dile que nuestra casa está a punto de ser habitable. Que venga caminando despacio.

INÉS: Dice que no vendrá hoy. Se ha quedado cuidando a su hermano pequeño porque su familia tuvo un imprevisto. Nos pide disculpas y propone vernos otro día.

(Silencio. Beto mira el paño. Nora mira la mesa.)

BETO: ¿Quién se lo explica al baño? Creo que se había hecho ilusiones.

SAÚL: Yo propondría poner otra fecha en el calendario y olvidar lo que acabamos de aprender. Por tradición.

NORA: Podemos terminar de ordenar. Ya hemos empezado y no me gustaría volver a sentarme sobre la montaña.

INÉS: Podemos. También podemos parar un rato. Falta casi toda nuestra tarde libre.

BETO: ¿Tarde libre? Esa expresión ya necesita una nota al pie.

SAÚL: Quiere decir que nadie tiene que salir ahora, y que la casa no nos impide sentarnos.

NORA: Voy por algo de beber.

INÉS: La bebida ya estaba lista. Dejaste los vasos aquí antes del sorteo. Se te olvidó apuntarlo.

(Inés señala los vasos de la bandeja. Nora los ve y se echa a reír.)

NORA: Otra ventaja escondida. Debería devolverme el premio.

BETO: No existe premio. Hemos abolido la estrella.

SAÚL: Yo propongo recuperarla para indicar quién elige el juego.

INÉS: Eso sí se puede sortear. Todos tardamos lo mismo en decir un nombre.

BETO: No es verdad. Saúl tardaría un cuarto de hora en explicar por qué su elección es superior.

SAÚL: Porque tengo argumentos.

NORA: Y los argumentos necesitan mesa. Aquí está.

(Nora despeja el centro. Inés coloca las cuatro papeletas como cartas. Los cuatro se sientan. No hay una silla ocupada por ropa.)

INÉS: Antes de empezar, ¿alguien quiere invitar a otra persona?

BETO: No. Esta es la primera vez en semanas que estamos los cuatro juntos y nadie espera a que le toque trabajar.

SAÚL: Yo sí trabajo más tarde. Pero ahora todavía no.

NORA: Yo duermo más tarde. Pero ahora tampoco.

INÉS: Entonces juguemos hasta que sea hora de otra cosa.

(Beto recoge la papeleta con la estrella, la dobla y la coloca debajo de una pata de la mesa para corregir una leve oscilación. La mesa queda firme.)

BETO: Al final el premio tenía una utilidad.

SAÚL: ¿Cuál?

BETO: Ayudar a que todos podamos quedarnos.

(Los cuatro empiezan una partida de cartas. La luz baja lentamente con sus conversaciones normales, sin nuevas voces ni efectos.)

FIN